

circa, y al terminarse este mes, afirmamos con toda la fuerza de nuestros pechos su Maternidad divina é inmaculada Virginitad, y le dirigimos plegarias fervientes por el porvenir, en paz y prosperidad, de nuestro querido Yucatán, que mil veces le ha mostrado, con pruebas evidentes, su amor y su cariño.

La fiesta del Señor de las Ampollas.

Octubre 9 de 1880.

Hoy concluye la memorable fiesta popular en que todas las clases del pueblo meridano muestran con ardiente entusiasmo, la devoción especial que tienen á Nuestro Señor Jesucristo Crucificado. Toda la sociedad, desde el humilde agricultor hasta el opulento comerciante, desde la mujer sencilla del pueblo hasta la matrona acomodada, toman parte con ardor en esta demostración de fe y de amor inextinguible hacia el autor de los beneficios sin número que han llovido del cielo sobre Yucatan, con motivo de la veneración, nunca desmentida, que se ha consagrado á la imagen de Nuestro Señor Jesucristo Crucificado.

Este culto reverente es una profesión de fe, que anualmente se hace, de nuestra adhesión á la santa religión católica y á sus doctrinas venerandas é inmutables. Con él protestamos nuestra creencia firme de la necesidad de expresar nuestra adoración al criador con signos exteriores, rechazando el error de los que quisieran reducir todos nuestros deberes para con Dios á los actos puramente interiores, desconociendo, de esta suerte, la union indisoluble

que existe entre nuestro cuerpo y nuestra alma. Tan espléndido testimonio de adhesion á la fe católica crece cada año y se arraiga más profundamente en lo corazones. Su origen es secular, y, sin embargo, año por año se presenta como una gran novedad en nuestra vida social. La fiesta está marcada en el curso de nuestra vida como una grata remembranza y como una esperanza preciosa, y casi no habrá quien no vea llegar los primeros días del mes de Octubre de cada año con emociones de júbilo y de alegría. Las oraciones sencillas y fervientes que en estos días suben al cielo; el sacrificio incruento que se ofrece sobre las aras sacrosantas de nuestros altares, por la salud comun; los himnos religiosos que resuenan en las bóvedas de nuestro santo templo; las músicas que llenan los aires; la dulce expansion de los corazones, entregados al más franco regocijo; el pueblo fiel que en masa viene á postrarse con amoroso cariño ante la imagen del Señor; la palabra divina que con su santa severidad va á depositarse en tantas almas que humildes la escuchan, como descendida del cielo; el recuerdo, en fin, de los años pasados, en que las personas más queridas para nosotros sintieron lo que nuestros corazones sienten, y experimentaron las mismas dulces y suavísimas impresiones, todo habla á nuestra alma, y nos presenta la fiesta del Señor de las Ampollas, como el episodio más precioso de nuestra existencia terrenal, como la solemnidad más simpática y preciosa que embellece nuestra vida.

Mas lo que da mayor realce á esta fiesta clásica de Mérida, lo que la hace estar más unida á nuestros más caros sentimientos es que tiene todo el respeto

los lazos que os unían no se han roto para siempre; Dios no os ha separado eternamente; un vínculo más estrecho y perdurable os une á través de la inmensidad que divide el cielo de la tierra. Los que han partido están en el seno de la misericordia de Dios; vosotros estáis en su mano y en la casa de vuestro padre; á El podéis dirigir confiadamente vuestros votos, vuestras apremiantes súplicas por la felicidad de aquellos cuya ausencia lloráis, y, en recompensa, cuando esas almas hayan entrado á la plenitud de la vida, cuando hayan empezado á sentir las alegrías sin límites y la felicidad prometida á los elegidos de Dios, se acordarán de vosotros, y os protegerán con sus oraciones y su amor, porque su amor es inextinguible porque se funda en Dios, fuente y raíz de toda caridad.

Nuestros templos en este día rebosan de gente que acude solícita á asistir al santo sacrificio por el reposo eterno de los finados. Aunque por leyes opresoras los gemidos de las campanas que imploran oraciones por los que fueron, ya no se oigan, como en otro tiempo, desde las primeras vísperas hasta las primeras horas de la noche y desde el toque del Ave María hasta la misa mayor, en todos los hogares se oirá el rumor de voces rezando en común por los difuntos; y al rayar el alba ya las calles de la ciudad se verán cruzadas de innumerables familias que no querrán perder la oportunidad de consagrar á la memoria de sus deudos las primicias de las buenas obras del día: se consideraría como muestra de un corazón árido y seco, de una alma sin amor, de una indiferencia glacial, el dejar de oír siquiera una misa por el alma de nuestros antepasados, y

en verdad que con razón: creerlos inmortales, y sin embargo no acordarse de ellos y no ofrecer por su alma ni una sola obra buena, ni una sola oración ardiente y pura á fin de atraerles la misericordia del Señor, es el colmo de la ingratitud y de la inconsecuencia. Sería además el extremo de la injusticia, porque ¿qué hombre que vive sobre la tierra no tiene deberes que cumplir y daños que reparar respecto de las almas que han comparecido ya á dar cuenta de su vida en la presencia de Dios?

El cariño á los difuntos está bien arraigado en todas las familias, de manera que arrojamos léjos de nosotros el pensamiento de creer que en alguna de ellas se hayan de mirar con descuido los intereses sagrados de las almas del Purgatorio: creemos que en todas aquellas que están unidas en unos mismos sentimientos cristianos, se harán oraciones y limosnas, se dirán y oirán misas por el reposo eterno de los difuntos: la generosidad no faltará en la práctica de las buenas obras; no obstante, conveniente es no olvidar en estos días las tradiciones de nuestros antepasados. En el hogar de la familia cristiana, tan pronto como se dejaba escuchar el triste tañido del esquilón que doblaba por los muertos, se abandonaban todos los quehaceres, y el jefe de la familia reunía á todos los que vivían bajo su techo; y dando el *rosario* bendito al hijo más pequeño de la casa, se empezaba esa oración solemne y conmovedora que sin duda era grata al cielo por lo mismo que se hacía con fe y con amor. ¡Tierno espectáculo en que la majestad del jefe de familia y la dulce inocencia de la niñez presidían á un acto de tierna devoción y á un homenaje de cariño á las almas

amadas con ternura, cuya memoria permanece indeleble por santos y dulces recuerdos que no se apartan de nuestra memoria.

La Virgen María y el pueblo yucateco.

Diciembre 8 de 1880.

Demas del voto, se obligó la ciudad á la observancia del día de esta festividad, haciendo todos los años singulares demostraciones de festejos con fuegos y luminarias la noche de la víspera.—Cogolludo. *Historia de Yucatán*. Lib. IX.

No es una novedad el regocijo popular á que se entrega nuestra querida ciudad de Mérida en este día, el de más grata remembranza entre todas las fiestas del año. El júbilo de la gente, el engalanarse los templos, el empavesarse las calles, el iluminarse nuestras casas por la noche, el asistir con fervor al santo templo, el acercarnos en tropel á la sagrada mesa del altar para mostrar la terneza de nuestro cariño á la Virgen sin mancha, no es costumbre adquirida en estos últimos años, sino bendecida por la fe de los antepasados y consagrada por el respeto y veneración de tres siglos. Yucatan ha creído con firmeza en el dogma de la Inmaculada Concepción de María mucho ántes de que la Iglesia infalible hubiese declarado obligatoria la creencia de este misterio que el pueblo católico conserva al presente como la presea más rica de su tesoro, como la prenda más dulce de su amor á la Santísima Virgen. Yucatan, siguiendo la inspiración generosa de los

pueblos de raza española, consagró desde los primeros años de su existencia el culto más tierno á la Madre de Dios, y quiso señalarse en los fastos de la humanidad como defensor inquebrantable de la pureza de su Concepción. El 8 de Diciembre de 1618, apénas setenta y seis años despues de la fundación de la ciudad de Mérida, á honor y reverencia de Nuestra Señora de la Encarnación el pueblo yucateco hizo profesión pública de su fe en el dogma de la Inmaculada Concepción de María, protestando guardarlo y enseñarlo en público y en privado, en el humilde hogar, en las cátedras de las escuelas y en el púlpito de nuestros templos. D. Fray Gonzalo de Salazar, obispo á la sazón de nuestra diócesis, el cabildo eclesiástico, el gobernador Francisco Ramírez y Briseño, el ayuntamiento de la ciudad, el Clero secular y regular, y el pueblo con todas sus clases sociales, juraron en el recinto de la Iglesia Catedral que en adelante, así como ántes, habían de tener, creer y enseñar que la Madre de Dios fué concebida sin pecado original. ¡Cuadro admirable, espectáculo digno de ser contemplado por el cielo y por la tierra, fué el que presentaron nuestros ascendientes en aquel día memorable, cuyo recuerdo debe permanecer indeleblemente gravado en nuestra alma, para fortalecer nuestra fe! Un venerable y santo obispo, uno de los personajes más llenos de virtudes que se cuentan en la larga lista de hombres virtuosos que han ocupado la sede episcopal de Yucatan; la autoridad pública dando magnífico ejemplo de religiosidad; la representación municipal mostrándose unida en sentimientos con los ciudadanos cuyos intereses administraba leal y cumplidamente; y un pueblo

que da la antigüedad; toda la ternura que dan los objetos que aprendimos á amar desde la infancia; todo el afecto entusiasta á cuanto está unido á la tierra que nos vió nacer. Sí, la fiesta del Señor de Ampollas es la fiesta de los siglos, la fiesta de las familias, de la patria: cuando vemos flamear en los aires la bandera que sirve de guía á cada uno de los gremios de artesanos, cuando postrados oímos las misas que la devoción de los agricultores dedica al Señor, cuando vemos á la comision de comerciantes que solemniza el día que les corresponde de la fiesta, nos parece que todavía subsisten los cristianos que en los siglos anteriores la celebraron con igual ardimiento: en aquellos gremios, actualmente existentes, parece que vive la misma persona moral, por lo mismo de que se siente la existencia de las mismas ideas y de los mismos sentimientos. En el celo y solicitud con que la pobre viuda, la doncella inocente, la respetable madre de familia, contribuyen con generosos donativos, nos parece ver la muestra del amor más puro, del cariño más acendrado, de la virtud más sólida, que siempre han distinguido el corazón de la mujer yucateca, desde que los albores de la civilización se reflejaron sobre este querido suelo.

La gratitud, esa virtud recomendable que hace felices á los pueblos, también tiene su parte en esta fiesta. Desde el año de 1656, en que la venerable imagen de Jesucristo crucificado empezó á venerarse en el pueblo de Ichmul, Yucatán tiene que agradecer una cadena no interrumpida de beneficios, una copia de bienes que no pueden pagarse ni con un afecto sin límites. Desde aquellos días en que fué traída á esta ciudad la Sagrada Imagen, en me-

dio de una procesión que se prolongó por más de cuarenta leguas, hasta la época actual, son innumerables los bienes que hemos recibido por la devoción á Jesucristo Crucificado bajo la advocación con que se venera en Nuestra Santa Iglesia Catedral. No ha habido calamidad pública ni privada en que nuestros ojos no se hayan dirigido al santuario de esa imagen predilecta, para alcanzar saludable remedio á nuestros males. ¿Quién que haya invocado con fe y con amor la imagen de Jesucristo crucificado habrá quedado sin consuelo? ¿Dónde habrá una familia yucateca en que el nombre de la Santa Imagen no se pronuncie con ternura y con veneración? ¿En qué taller, en qué tienda, en qué choza, no será popular ese nombre dulcísimo, que suena á los oídos yucatecos como las melodías de una música deliciosa? ¿Qué hombre que sienta correr por sus venas la sangre yucateca se habrá encontrado en las angustias de la tribulación, en los instantes de un terrible peligro, sin sentir brotar en sus labios una exclamación amorosa, invocando aquella sagrada imagen? ¿Cuál es la mujer nacida bajo nuestro sol de fuego que en sus amargos dolores, próxima á perder las prendas más preciosas de su corazón, no haya sentido exhalarse de su pecho los votos más apremiantes, las instancias más tiernas, las súplicas más amorosas hacia la Imagen del Señor de las Ampollas? ¡Ah! Si nos fuera dado leer en lo íntimo de todas las generaciones que han dejado sus huellas durante dos siglos en esta tierra bendita, ¡cuántos testimonios de fe y de amor hacia esa imagen pudiéramos recoger! Las arenas de nuestras playas, las gotas de rocío que caen sobre nuestros árboles,

no serían tan numerosas como los pensamientos dedicados, como los votos dirigidos á la imagen del Señor.

Tenemos, pues, ante nuestra vista, modelos que imitar, en nuestro cariño y en nuestro amor. Queremos que así como nuestros antepasados nos han transmitido esta tradición llena de poesía, esta devoción por mil títulos provechosa, también nosotros la trasmitamos, en toda su entereza, á las generaciones venideras. ¿Pero qué necesidad hay de expresar estas aspiraciones como estímulo para realizarlas, si son las aspiraciones de todos nuestros hermanos en la fe, de nuestros compañeros en los trabajos de la vida, de nuestros conciudadanos? Lo que tiene sus raíces en los afectos más íntimos del alma, en los tesoros de la familia, en los recuerdos de la patria, no puede perecer, no puede sepultarse en el olvido; sino que debe adquirir, con el transcurso de los tiempos, la majestad de veneranda tradición. Así, pues, no tememos que la fiesta del Señor de las Ampollas deje de existir en Yucatán, porque lo que una vez ha entrado en el corazón franco y sincero de nuestro pueblo, allí permanece grabado para siempre, como las letras que el buril traza sobre el acero.

Nuestro anhelo se dirige á otro blanco: quisiéramos que el entusiasmo religioso de esta fiesta sirviese de pábulo para fortificar el sentimiento profundo de nuestros deberes cristianos, para entrar, con varonil energía, en la práctica sólida de las virtudes cristianas: queremos que el resplandor de estas virtudes luzca en nuestras casas, en nuestros establecimientos comerciales, en los campos surca-

dos por el sudor del labrador, y en el hogar á cuyo calor crecen las jóvenes generaciones. Deseamos que las ideas cristianas sigan dominando por completo en toda nuestra sociedad, para que sean siempre el vínculo de unión y de fraternidad del pueblo yucateco.

Finados.

Octubre 30 de 1880.

Sí, caros manes, dicha duradera
De quien sabe llorar es el lloraros:
Pedazos sois del corazón, y fuera
Olvidarse á sí mismo, el olvidaros.

LAMARTINE.

Llega ya el dos de Noviembre de piadosos é indelebles recuerdos para todos nuestros lectores. Nadie habrá en este día que no se acuerde del cementerio y de sus tumbas, de la Cruz que se levanta sobre la tierra del Campo Santo, de las prendas que han de llevarse como recuerdo á los sepulcros de los seres queridos que han entrado antes que nosotros en el camino de la eternidad: ninguno tampoco habrá que no sienta exhalar de su pecho la expresión consoladora de esa oración suavísima que la Iglesia Católica enseña á sus hijos: «*Dadles, Señor, el eterno descanso, y que la luz eterna los ilumine.*»

Y ¿qué es lo que vamos á buscar junto á esas tumbas donde yacen los despojos de nuestros muertos queridos? ¿Qué significa esa diligencia cariñosa con que vamos á depositar sobre sus frías lozas la guirnalda mortuoria tejida por nuestras manos y

mojada con nuestras lágrimas, las flores más fragantes brotadas en ese nebuloso día cuya tristeza acompaña á la que envuelve á nuestra alma? ¿Por qué con amor besamos la tosca cruz que señala el lugar de una sepultura, y por qué hacemos arder sobre ella los cirios que con dificultad resisten á las brisas de la tarde? ¿Acaso somos impulsados por los incentivos de la ociosa curiosidad, ó por la vana idea de pomposa ostentación? ¡Oh! no: lo que vamos á buscar á esos lugares de duelo, lo que nos lleva á esos campos de la muerte no son los restos inanimados cuya vista nos sobrecoge y aflige: vamos en busca de esa porción espiritual que ha volado de la tierra para llegar á su eterno destino: elevamos nuestros ojos al cielo, porque aquellas tumbas traen á nuestra memoria el lugar de prueba en donde consideramos purificándose á las almas que no podemos olvidar: que, aunque en los dinteles de la eternidad se presentan tres caminos para el hombre que acaba su existencia terrenal, sin embargo, ni el rigor más extremado se atreve á dejar de confiar en la Misericordia Divina, ni la vida más santa y pura puede, de ordinario, llevar consigo la señal indeficiente de pasar al punto á la morada de perdurable é inmensa felicidad: he allí porque todos volvemos los ojos hacia el Purgatorio, orando con fervor por los que allí se acrisolan.

No necesitamos, sin embargo, hablar del dogma del Purgatorio, ó sea de ese lugar de expiación en que las almas justas pierden las impurezas que llevan de la tierra, para poder entrar á gozar de la felicidad infinita en el seno de Dios; ni entrar en la demostración de este dogma, cuyas pruebas funda-

mentales se toman de la Sagrada Escritura, de la tradición, de la razón, de la Filosofía y aun de los mismos errores del racionalismo: sería superfluo el desarrollo de estas pruebas al escribir en un periódico que corre entre personas y familias que conservan como signo de esperanza y de consuelo este dogma bienhechor.

Nuestras oraciones tienen demasiados fundamentos, y son además para nosotros en extremo provechosas. Nuestra Santa Religión saca de los males, bienes; de las tristezas, consuelo; y de los trances más amargos, dulzuras inefables que fortalecen. No nos prohíbe, pues, derramar lágrimas por la separación de aquellas almas unidas con nosotros, por la santidad del amor; no nos ordena domar y subyugar el dolor, vencer la tribulación, convertir nuestro corazón en mármol insensible que resista tenaz á las angustias que la muerte esparce en rededor nuestro: bendice nuestras lágrimas; se complace en nuestros tiernos recuerdos; y solamente nos enseña que los ofrezcamos á Dios como un sacrificio, para hallar un consuelo en las esperanzas de la fe y en el bálsamo suavísimo de la resignación. Hijas amorosas que cada día os parece más dura la vida porque os falta el apoyo de vuestros padres; viudas fieles á la memoria de vuestros esposos, que en vuestra modestia y sencillez mostráis el duelo inconsolable de vuestro corazón; hermanos que os sentís acongojados de ver roto el lazo de fraternidad bajo cuyo amparo os hicisteis la vida más dulce y llevadera; amigos que lloráis la ausencia de los que os ayudaron con sus consejos, y que tomaron parte en vuestras tristezas y en vuestras alegrías, consoláos: